

## NO VOLVERAS A SER COMO ANTES

Relato sobre el Final de la Vida.

Perder a alguien a quien querías profundamente te cambia. Esto puede ser muy difícil de encajar, por un lado, ni siquiera yo misma sé cómo manejar este violento e indeseado cambio. Yo también me echo de menos. Echo de menos quien era, quien amaba ser. No sé ni por dónde empezar a reconstruirme. Es normal, pienso, el daño es profundo y el proceso es agotador. Intentaré ir despacio y dosificar mi energía. Por otro lado, mis amigos y familiares también esperan que vuelva a ser como era antes, quieren verme bien, bien como antes. Este deseo es muy humano y es bonito, pero sencillamente no se corresponde con lo que puedo hacer. Puede ser muy duro sentir que la persona que ahora soy les gusta menos. Yo también prefiero mi antigua versión. Necesito aprender a amar esta vulnerabilidad y a responder con bondad ante los cambios asociados al dolor, el trauma y la pena.

No sé aún como me gustaría que fuera el mío, mi final, mi propia muerte, como la puedo imaginar o como me gustaría afrontar ese final, por el momento solo puedo hablar de cómo me siento cuando se mueren otros, puro ejercicio de observación. He podido comprobar que ninguna muerte es igual a otra, que cada uno se muere a su manera. Con esto quiero decir que tanto la educación recibida, las propias creencias, la religión que cada persona profese, si se da el caso, las vivencias y en sí la vida que hayamos llevado, perfila y pule el final de nuestros días.

Suelo rechazar la idea de la trascendencia, es decir, lo que está más allá de lo perceptible y de las posibilidades de lo inteligible, cuando te mueres se acaba la vida y no hay nada más allá.

Luego tengo la contradicción humana, esa que muchas veces me coloca en otro lado y me escucho decir en voz alta que daría un año de mi vida por estar un minuto de nuevo con mis padres. Pero no hay plan A, que sería ese, el de volver a verles. Solo queda el plan B que es hacer que el amor que sientes infinitamente por ellos sea más fuerte y más grande que la muerte.

Hablamos más de la muerte de los otros que de la nuestra propia. Recordamos la muerte de los abuelos tanto si la hemos vivido de cerca o son nuestros padres quienes nos la describen y cuenta una y otra vez haciendo un ejercicio de memoria de sus propias emociones. Tal vez sea de esta manera que nos enteramos y empezamos a ser conscientes de que también algún día alejado de nuestra infancia, nos llegará el final de la vida.

Viendo Bambi en el cine con cinco años descubrí que la muerte existía y que la primera persona a la que podría pasarle algo tan terrible podría ser mi mamá.

Han pasado más de cincuenta años desde que viera aquella película traumatizante para mí, mis abuelos, mis padres, mis tíos ya no están y tampoco algunos amigos muy queridos para mí. Todos ellos, al formar una parte muy importante de mi vida, cada uno por motivos y

circunstancias diferentes, han dejado una historia que contar, un recuerdo, una pena y también la alegría y el agradecimiento por haberles tenido cerca en la vida.

El pasado día 31 de marzo, hace nada, despedimos a una amiga que murió joven, ese mismo día hubiera cumplido 58 años. Una muerte sin anuncio previo, desgarradora. Sus sobrinos lloraban desconsoladamente, abrazados unos a los otros, nueve niños y jóvenes que se despedían de su tía con mucha tristeza. Nadie sospechaba su marcha , la muerte sigue sorprendiéndonos a cada instante.

En China y Japón tienen una leyenda que está presente en su mitología es el hilo rojo del destino ,que conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo se puede estirar o contraer pero nunca romper. Así imagino esa unión infinita que tenemos con las personas que más queremos que aunque se vayan , estamos unidas por siempre, más allá de la muerte.

Que no podamos verles, no quiere decir que les olvidemos.

Carmen Gómez Mateo

606 68 64 00

[cg@rimacolor.com](mailto:cg@rimacolor.com)

Categoría B.